

CAPÍTULO DÉCIMO CUARTO:

YO SOY MANENDRA

Seiza estaba confusa. Ashla le había enseñado a combatir los ataques psíquicos de un Jedi oscuro, pero esto... No era lo mismo. Era como estar perdida en un laberinto que simbolizaba el poder de Manendra. Probablemente existía una salida, pero el laberinto era lo bastante poderoso para enfrentarse a ella directamente y dificultarle más aún las cosas.

-No puede ser tan terrible -pensó Seiza, intentando recuperar algo de confianza-. Creo que Manendra está intentando dominarnos a los dos a la vez. Entonces, descubrirá que ha mordido más de lo que puede tragar.

Seiza empezó a andar por el laberinto psíquico; al caminar, sus pies arrastraban fragmentos líquidos del sólido suelo que pisaban.

Hoox estaba similarmente perdido en la mente de otra persona, y por dondequiera que mirase, apenas encontraba otra cosa que barreras. Los pasillos daban infinidad de vueltas y giros hasta terminar inequívocamente en paredes, o cruzarse con otros pasillos que acabarían realmente dando en otra pared.

Pero Hoox siempre fue un hombre más poderoso que paciente. Se detuvo sobre sus pies y miró una de las paredes. Utilizó la mente para atacarla y...

La pared se hizo añicos como si hubiese sido golpeada por un ariete.

En el mundo real, Manendra reprimió un gemido de dolor. Hoox estaba atacándole. Pero eso no tenía sentido; se suponía que Manendra era el agresor.

Hoox observó qué había detrás del agujero en la pared. El nuevo paisaje apenas tenía que ver con el dedálico laberinto impersonal en que estaba. Era un laberinto en sí mismo, cómo no, pero totalmente distinto. En este nuevo laberinto, la ley de la gravedad no parecía tener importancia, y las escaleras y paredes se combinaban entre sí y con el techo como un vórtice escheriano.

-Tal vez este nuevo laberinto no tenga salida -pensó Hoox, y después atravesó el hueco introduciéndose en el nuevo lugar.

Manendra dudaba cuál era el curso de acción correcto ahora. Seiza era mucho más vulnerable que Hoox, pero si se concentraba en ella, él podría alcanzar algo más

importante. Nunca antes se había enfrentado a problemas tan graves; su poder crudo siempre le había bastado. Pero ahora empezaba a comprender que el poder sin el control no basta.

Empezaba a sentirse desesperado, pero trató de controlarse: Si esos dos descubrían su exasperación, podrían aprovecharla.

Hoox era más peligroso, decidió, así que debería encargarse de él. Seiza aún tendría que discutir con ese suelo bajo sus pies que acababa de convertirse en las más pegajosas arenas movedizas que Manendra pudiera imaginar.

Hoox bajó horizontalmente por unas extrañas escaleras que subían; su centro de gravedad no influía, puesto que en la mente de Manendra no tenía masa en primer lugar. Estaba empezando a comprender lo que era todo eso: Nada era exactamente real, pero Hoox estaba seguro de que, si moría en la mente de Manendra, también moriría su cuerpo. Peor aún: Manendra parecía ser el único que podía reformar la realidad a su capricho; para Hoox, destrozarse la pared del laberinto había sido un gran esfuerzo.

A espaldas de Hoox, un pequeño globo azul transparente se movió rápidamente. El globo avanzó, como catapultado por un campo de fuerza, hasta la cabeza de Hoox. Atravesó su cráneo y entró en su cerebro. Hoox se inclinó un poco hacia adelante, a punto de caer.

En ese momento, el globo empezó a actuar.

El globo era uno de los recuerdos más dolorosos de Manendra. Era tan horrible que Manendra nunca pudo imaginar nada que fuese peor. Ahora, Hoox estaba sintiéndolo. Cayó sobre los escalones y se agarró la cabeza, sufriendo lo inimaginable.

Mientras tanto, en otro lugar de la mente de Manendra, Seiza se estaba ahogando en un suelo que había parecido sólido antes. Los poderes de la Fuerza de Seiza no parecían servir; el verdadero problema, que ella no había imaginado, era que estaba intentando usar la Fuerza sobre objetos sólidos, y no había nada sólido a su alrededor: Todo eran ideas.

De cualquier modo, la "idea" de un suelo líquido y pegajoso estaba tragándose a Seiza rápida e inexorablemente. Apenas la parte superior del rostro de Seiza seguía en la superficie, mientras ella intentaba moverse para mantenerse a flote.

Manendra se permitió sonreír. Era exactamente lo que deseaba. Seiza no tardaría en perder la esperanza, y ahogarse.

Seiza no perdió la esperanza.

Siguió teniendo fe. Estaba convencida de poder alcanzar la orilla.

-¡No alcanzarás ninguna orilla -pensó Manendra- porque ya

no hay orilla! Todo el suelo del laberinto es ahora líquido.

Seiza alcanzó una pared y apoyó en ella las yemas de sus dedos. No era como una orilla, pero ahora al menos tenía un punto de apoyo. Pequeñas imperfecciones en la pared le bastaron para aferrarse.

-¡No!

Antes de que Manendra pudiera dedicar su concentración a este problema, otro asunto reclamó su atención.

Dolor.

Dolor inhumano.

Agujas. Daño.

Sin mente. Sólo dolor.

Sufrimiento.

Pronto mente. Mente llama tortura.

Duele.

Sufro.

Veo.

Personas. Personas grandes. Personas malas.

Dolor.

Malo.

Para resistir un poco este sufrimiento, Hoox había adoptado posición fetal, y en un entorno de gravedad tan absurda, estaba flotando sin tocar superficie alguna.

Pero su voluntad era poderosa. Estaba encontrando la forma de sobreponerse a esos recuerdos. Los ojos de Hoox casi lloraban, pero no se veía ninguna lágrima flotando en el aire.

-Parece que no eres extraño al dolor, ¿eh? -pensó Manendra.

Daño.

Desgracia.

Dolor.

Tormento.

Tortura.

Triunfo.

¿Triunfo?

Eso no tenía sentido.

El recuerdo que Manendra había introducido en la mente de Hoox no tenía trazas de ningún triunfo. Era como... Como si escapase del dolor con la victoria.

¿Qué sentido tenía eso?

Manendra no quería entenderlo, pero Hoox lo hacía. El triunfo era el ansia de superación de ese dolor. En el recuerdo implantado, Manendra creía transmitir sólo dolor, pero Hoox encontró que, en la sufrida criatura que originó ese recuerdo, se había generado una entonces leve sensación de victoria sobre ese dolor. La criatura sufría en primer plano pero, en segundo plano, se aferraba a la esperanza de que ese dolor pasase. Hoox se aferró a ese segundo plano;

se concentró en el fin del dolor, y no en el dolor en sí mismo.

Y ahora estaba libre.

Abandonó su posición fetal y avanzó nadando en el vacío hasta alcanzar una escalera. Aferró el borde con la mano, y llegó hasta allí.

-No te atreves a alterar esta parte de tu mente -pensó Hoox-. Debe haber algo importante por aquí...

Encontró una puerta cerrada a cal y canto al borde de la escalera.

-Patético -pensó Hoox.

La representación mental del cuerpo de Hoox abrió la puerta usando sus manos y un pie para forzarla. En su interior había un globo transparente, parecido al otro recuerdo. Este globo, sin embargo, era verde y casi el doble de grande que el anterior.

-Hola -dijo Hoox-. ¿Qué eres?

El globo retrocedió, como asustado, hasta que Hoox prácticamente le obligó a entrar en su cerebro.

Mientras tanto, Seiza había ascendido por las paredes del laberinto hasta llegar al techo. Pero el suelo ahora se había convertido en un amasijo de inmensos tentáculos, tan gruesos como la cintura de Seiza y mucho más largos, que se extendían hacia ella intentando atraparla. Sin su sable de luz, Seiza apenas podía combatirlos. Además, cada vez que uno de los tentáculos caía, otro ocupaba su lugar.

-Combatirlos no es la solución -pensó Seiza-. Apenas gano algo de tiempo, pero al final me superarán. Tengo que librarme de ellos de algún modo.

Fijó su vista en una esquina lejana del laberinto. Allí no había tentáculos, por el momento, pero cuando se concentró mucho rato en el lugar, el suelo empezó a temblar para generar cuatro pequeños tentáculos. En el tiempo que a Seiza le llevase alcanzar ese punto, habría otro montón de tentáculos como el que ahora la acosaba.

Así que no fue en esa dirección.

Saltó sobre los tentáculos, que rápidamente se dispusieron como una red para impedir que fuese hacia la dirección en que había mirado. Pero Seiza fue más lista y avanzó en otra dirección, pisando a los confusos tentáculos.

El suelo intentó generar más tentáculos, pero era demasiado tarde y los generaba en el lugar equivocado. Hizo que se desvanecieran los ahora inútiles tentáculos del falso destino inicial, mientras Seiza avanzaba tanto que llegó a, ¡sí!, llegó a pisar el suelo. Echó a correr viendo cómo los tentáculos la perseguían.

Pronto se dio cuenta de que no se estaba cansando.

Una pequeña criatura.

Era como la criatura que Seiza y Hoox habían encontrado en

la gruta, quizá un poquito más pequeña. Unos cuarenta centímetros de longitud, del hocico a la cola, y ese aspecto tan inofensivo...

El recuerdo se centró en aproximadamente una docena de criaturas que habitaban una pequeña superficie no mucho mayor que un par de metros cúbicos. Las criaturas, cuyas capacidades cognitivas eran limitadas, no comprendían que estaban en una prisión de transpariacero. Tenían un entorno mínimo para habitar. Comían, dormían y jugaban sin preocuparse de muchas más cosas.

Pero, ocasionalmente, una mano humana descendía de la parte superior de la jaula y agarraba a una de las criaturas. Quienes eran agarrados no volvían jamás, pero se mantenía la población porque las criaturas se reproducían en cautividad.

Finalmente, el recuerdo mostraba cómo cogían a una criatura y se la llevaban. La criatura no podía saberlo, pero su destino era el mismo que el de sus predecesores: servir al imperio. Se convertiría en apenas un sujeto de experimentación, sobre el que probarían algún suero o sustancia. Como otros tantos antes que él, el resto de su corta vida sería exclusivamente sufrimiento. Dolor.

Un dolor muy intenso mientras preparaban al sujeto identificado G-14978 para más operaciones, más sufrimiento, y la prueba decisiva... Sólo si lograba sobrevivir.

Logró sobrevivir.

Eso sólo le auguraba más dolor, más tortura... y al fin, probablemente, la muerte.

Los procesos empezaron a dar resultado. Los científicos observaban cómo G-14978 empezaba a desarrollar pautas que, probablemente, le darían inteligencia. G-14978 podría razonar.

Suponiendo, claro está, que sobreviviese a las próximas semanas. Los científicos no tenían demasiada fe en este punto; demasiado bombardeo radiactivo. Sin duda, G-14978 moriría como los 14977 anteriores.

G-14978 comprendió que estaba muriéndose. Comprendió además qué era la muerte, siendo el primero de su especie que lo hacía. G-14978 comprendió que había evolucionado, y que moriría siendo el siguiente eslabón... animando a los científicos a continuar las pruebas con otros de su especie.

Y entonces, ante los ojos de los científicos, G-14978 murió.

El cadáver de G-14978 fue enviado al vertedero de desperdicios sin ningún tipo de ceremonia, mientras los científicos examinaban las lecturas de G-14979.

Pero, en cuanto estuvo seguro de que nadie le vigilaba, G-14978 saltó del vertedero y cayó sobre el suelo. La cabeza le dolía más de lo que podía recordar, y él podía recordar mucho dolor. Al mismo tiempo, sabía que ese dolor de cabeza

le beneficiaba, que era síntoma de algo bueno. De su desarrollo cerebral.

La pequeña criatura corrió sobre sus cuatro patas, alcanzando una calle poco concurrida. De pronto se detuvo y cerró sus ojos. Agitó su cabeza. Entre sus dos orejas, se empezaban a ver venas palpitantes. Era su cerebro, pugnando por expandirse, por incrementar su inteligencia.

En ese momento, G-14978 hizo cálculos para averiguar cuánto iba a crecer su cerebro, y comprendió que iba a tener necesidades.

Observó cómo dos inmensos alienígenas (inmensos para él, porque debían medir metro sesenta cada uno) se acercaban por la calle. Ambos ignoraban a G-14978, una pequeña criatura sin importancia.

-Alto -rugió G-14978 sin voz, pero los dos alienígenas le oyeron en su mente-. Vosotros seréis los primeros en conocer mi poder.

Los dos alienígenas se detuvieron en seco. G-14978 iba a tener necesidades, y alguien iba a cumplirlas.

De momento, pensó, G-14978 ha dejado de existir. Ahora y siempre sería Manendra.

Seiza siguió corriendo por los pasillos; los tentáculos insistían en aparecer demasiado tarde para atraparla, pero no podía permitirse quedarse quieta. Avanzó y el suelo ante ella dejó de existir. Sólo se abría un inmenso pozo que daba a un infierno de llamaradas.

Seiza sonrió; la parte de saltar siempre se le había dado bien. Tomó impulso en su carrera y saltó por encima del pozo. Algunas llamas se elevaron casi hasta el techo para alcanzarla, pero ella giró con destreza y las esquivó.

Al otro extremo del pozo, la temperatura había bajado hasta rozar el cero absoluto; Seiza sabía que ahora, el suelo congelado sería muy frágil y tal vez lo rompería si aterrizaba bruscamente. Por eso puso una pierna en diagonal y, en cuanto tocó el suelo, aprovechó el hielo para deslizarse sobre él, reptando veloz sobre una superficie resbaladiza.

-¡Esto empieza a ser divertido! -pensó Seiza.

Entonces, dejó de ser divertido.

-¡Sal... de... mis... recuerdos! -parecía bramar Manendra.

-Obligame -respondió Hoox, mientras se abandonaba al pasado de su enemigo.

Manendra, antes G-14978, había obtenido grandes conocimientos extrayéndolos de las mentes de estadistas y políticos. Mientras tanto, su cerebro había seguido creciendo, hasta superar incluso el tamaño del resto de su cuerpo. Ya no podía valerse por sí mismo, de modo que sus esclavos humanos y alienígenas se encargaban de satisfacer necesidades como su alimentación.

No tardó en comprender que mantener el control sobre una mente exigía que se concentrase. Su cerebro hiperdesarrollado le permitía controlar muchas mentes sin dificultad, pero no tantas como necesitaba para satisfacer sus ansias.

Después, convertido en el ingeniero más inteligente de la galaxia, diseñó una máquina para mantener el control sobre los sujetos que ya habían sido controlados. De ahí la necesidad de la joya, como receptáculo de las emisiones de la máquina.

Los kreogans fueron incluso más fáciles de controlar. Sus voluntades eran tan débiles que ni siquiera necesitaban una joya. Pero Manendra descubrió que podía desarrollar sus habilidades telepáticas latentes, que ellos ignoraban poseer. Controló a toda la raza.

Fue más o menos por este momento cuando Manendra eligió retirarse al asteroide de Stige. Su cerebro estaba creciendo hasta ser cincuenta veces más grande que su cuerpo, una horrible masa de neuronas palpitantes con constante destellos eléctricos que se creía eran sinapsis. Necesitaba algún tipo de soporte vital, una silla para poner su cuerpo y un contenedor para el cerebro. Alimentación por vía intravenosa, movimientos en su cuerpo para evitar la atrofia.

Los kreogans viajaban por la galaxia "reclutando" gente para la causa de Manendra, y él mismo diseñó una máquina para incrementar el alcance de sus habilidades telepáticas. Originalmente, Manendra sólo podía controlar a las criaturas que estuviesen en su radio visual. Pero ahora, sus ojos ya no veían y necesita la máquina para "ver" a través de los ojos de sus víctimas.

-Todo eso está muy bien -pensó Hoox- pero, ¿qué es lo que buscas exactamente, "G"?

Seiza se había estado deslizando por la superficie congelada, pero entonces había caído directamente entre un montón de tiras de tela colgadas del techo. Cada tira estaba llena de algo increíblemente pegajoso, y Seiza chocó de lleno con la telaraña. Dejó de deslizarse, de lo fuerte que era la cola, e intentó soltarse.

Era inútil. Las tiras se pegaban a su ropa, a su pelo, a su cara, sin ninguna intención de soltarse.

Cuanto más se revolvía Seiza, más se pegaban a ella las tiras. Cada vez parecía haber más tiras, y de repente una de las tiras, como impulsada por voluntad propia, se pegó a su rostro, cubriendo su nariz y su boca.

Seiza, sorprendida, abrió los ojos de par en par. ¡Ya no podía respirar!

-¡Fuera! -rugió Manendra-. ¡Sal de mi memoria!

Hoox sólo rió. Había enlazado el globo verde con otros

varios globos de tamaños y colores distintos. No era tan distinto a usar la Fuerza para entrar en la mente de otra persona.

-¡Largo! -insistió Manendra.

-Ya lo tengo -dijo Hoox.

Había encontrado el globo que buscaba, y en una fracción de segundo, comprendió el plan de Manendra.

Manendra buscaba venganza, de eso Hoox había estado seguro todo el rato. Su plan era controlar todas las mentes del sector, y después toda la galaxia, arrebatándosela a los humanos y los demás alienígenas, para que nadie, nunca, pudiese volver a hacer daño a su especie. El fin no era injusto, pero no justificaba los medios.

El cuerpo de Hoox cayó al suelo. Ya no estaba en la mente de Manendra, pero aún recordaba lo que había aprendido allí. Había escapado, y había sacado ventaja contra Manendra.

Pero no era una ventaja que se pudiese aprovechar en ese momento.

En ese momento, lo prioritario era dejar Stige antes de que volviese Ksar, o algo así. Miró a Seiza. Ella seguía perdida en la mente de Manendra.

Hoox la agarró por los hombros y se fijó en sus ojos que no miraban hacia nada. Se le escapaba saliva por la comisura de los labios.

-Ese monstruo de Manendra -pensó Hoox- está intentando asfixiarla.

Hoox puso sus dedos en las sienes de Seiza.

-¡Seiza! -dijo-. ¿Puedes oírme, Seiza?

-¡Seiza! -dijo Hoox-. ¿Puedes oírme, Seiza?

La voz parecía surgir de todas partes y de ninguna a la vez. Era extraño, es como si estuviese en la cabeza de Seiza. Ella intentó girar el cuello para buscar el origen de la voz, pero la telaraña a su alrededor le impedía siquiera hacer tan sencillo movimiento.

-¿Qué, Seiza, te lo pasas bien? -dijo la voz de Hoox.

Seiza frunció el ceño, tirando de una de esas tiras de esparadrapo.

-¿Planeas quedarte ahí indefinidamente? -preguntó Hoox-. Porque, si es así, puedes preguntarte cuánto tiempo tardaré en controlar totalmente el sector.

Seiza intentó resoplar; en la mente de Manendra, el esfuerzo fue vano, pero en el mundo real pudo hacerlo. Hoox se animó y siguió con el sarcasmo.

-No puedo creer que fueses tan ingenua -le dijo-. ¿De verdad te creíste toda esas chorradas que te he contado? ¡Pero si estaba improvisando!

El cuerpo pseudoinconsciente de Seiza derramó una lágrima ante los ojos de Hoox. Las cosas no estaban saliendo exactamente como él quería.

-Y ahora lloras -dijo-. ¡Eres tan débil! Claramente una discípula de Ashla. ¡Ese viejo inútil jamás supo entrenar a nadie!

Hoox observó tensarse el cuerpo de Seiza. Había cerrado los puños. Un esfuerzo más...

La comunicación era directamente entre Hoox y Seiza, con lo que Manendra no sabía lo que estaban haciendo. Se sentía bastante confuso, y añadía más y más tiras de esparadrapo para momificar a Seiza.

-En esta posición eres muy vulnerable -dijo Hoox-. Puedo entrar en tu mente ahora y averiguar dónde está Ashla. No dudes que lo haré. Y después, uno tras otro, cualquier que ose oponerse a mi poder será aniquilado.

-¡No! -dijo Seiza en el mundo real, aunque seguía amordazada en la mente de Manendra-. ¡No! ¡No te lo permitiré!

-¡Sí! -dijo Hoox-. ¡Vamos, ódiame! ¡Eso te dará energías para salir de ahí!

Las tiras ya no podían contener a Seiza en la mente de Manendra. Ella se removía demasiado, como si estuviese girando a gran velocidad. Las tiras salieron catapultadas hacia los lados.

En el mundo real, Seiza se levantó de un salto. Con un rápido gesto, su sable de luz violeta se activó en su mano, y miró a Hoox con odio.

-Lo siento -dijo Hoox, sin hacer un solo gesto para defenderse-. Era lo único que se me ocurría para sacarte.

Seiza apagó el sable. Lo había comprendido.

-Debemos irnos -dijo Hoox-. Hay una nave en el hangar de al lado.

-¡Alto! -rugió la voz de Manendra en la cabeza de Seiza.

Antes de que ella pudiera comprender lo que estaba sucediendo, había vuelto al laberinto de la mente de Manendra.

Pero, en un parpadeo, Seiza volvía a estar fuera.

-¿Cómo...? -se preguntó Manendra.

-Sólo funciona una vez -respondió Seiza en voz alta-. Ahora ya sé cómo salir de tu laberinto, y si vuelves a meterme, volveré a salir. Sé qué puedes hacer, y qué no.

Manendra sólo pudo mirar mientras Seiza y Hoox se metían en una pequeña nave biplaza; Seiza pilotaría, y Hoox sería el artillero.

-¿Estás segura de esto? -preguntó Hoox mientras ella despegaba.

-Confía en mí -dijo ella-. Yo confío en ti.

Fin del décimo cuarto capítulo

CRÉDITOS

Star Wars: In nomine stellaris.
Una publicación independiente de Vanesa Pizarro y Jorge J. Rodríguez
para www.loresdelsith.net y www.sithnet.com
Para contactar con los autores escribe a: in_nomine_stellaris@hotmail.com

© 1999 de los autores.
Star Wars - La Guerra de las Galaxias es © 1977 de George Lucas.

Impreso en España - printed in Spain.